

## "SINERGIA"

Sobran las palabras, conocíais el placer de la complicidad espontánea. Como las letras de una persona materialmente apegada, vuestras piernas se prolongaban al compás de la música que os entrelazaba, estrechando vuestras siluetas con alegría disciplinada y dejando poco espacio entre vosotros como las letras de las personas reservadas.

Los periódicos nos recuerdan que Ginger Rogers ha cumplido 80 años, pero cuando la televisión o el vídeo nos devuelven en blanco y negro sus bailes con Fred Astaire y su mirada algo estrábica nos contempla feliz y sin reservas, mientras al fondo oímos una canción de Cole Porter, entonces, y sólo entonces, descubrimos que nunca envejecen las imágenes del corazón, las huellas de la felicidad.

Porque Ginger y Fred encarnan como nadie la comedia musical, un territorio mágico en el que las canciones y los bailes nos muestran una visión de la vida en la que todo es tan aparentemente irreal, pero a la vez tan paradisiacamente deseable, como un viejo sueño recurrente que nos asalta cada vez que ansiamos o necesitamos ser felices. Por eso es difícil encontrar a alguien que no haya deseado que cuando la lluvia nos sorprende en la calle, sonaran en la banda sonora de la ciudad congestionada y convulsa las notas de *Cantando bajo la lluvia* y, como Gene Kelly, chapotear felices y vitales

de la tristeza y de la depresión aniden en nosotros, pudiéramos iniciar unos pasos de baile.

Todo empezó cuando un cómico y cantante muy popular llamado Al Jolson apareció en la pantalla con el rostro arrugado como el de un negro y de una manera sorprendente abrió la boca y dijo una palabra: «Ma-mie», el comienzo de una canción bien conocida. Había nacido el cine mudo. Hasta ese día de 1928 las imágenes mudas habían encantado con el lenguaje sutil y misterioso de los rostros y las miradas a millones de espectadores. El sonido del silencio era, además, propiedad de los espectadores, que, dueños de las imágenes, podían añadirle el sonido de las voces, de las palabras, de los diálogos que su cerebro había creado por las fascinantes imágenes que iba viendo.

El origen de las películas musicales hay que buscarlo en Broadway. Durante años los genios de la música popular de este siglo, gente como Irving Berlin, George Gershwin, Cole Porter o Rodgers y Hammerstein, habían escrito los

argumentos que eran servidos por inspiradas y maravillosas melodías.

Pero muy pronto llegó cuando comenzó a elaborarse en los estados de la solada California. Un creador llamado Busby Berkeley decidió que en la pantalla no podían verse las cosas como desde la realidad sino desde butacas, lo que tenía un propósito y hasta entonces poco utilizado instrumento: la cámara. Berkeley se sirvió de la cámara para trazar extravagantes e imaginativas coreografías que dibujaban el ritmo de la partitura siguiendo las torneas piernas de las chicas o elevándose con la grúa que permitía ver interminables escaleras, las que vampiresas y decorados artísticos secundarios con un final feliz o argumental.

Busby Berkeley creó una tradición decorativa en la comedia musical que se prolongaría con la llegada del color en los musicales de los 40 y 50 gracias al exótico encanto de estrellas como Carmen Miranda primero y luego con las proezas matatorias de Esther Williams, Fred Astaire elevó el estilo de la comedia musical a unos niveles inimaginables de calidad e inventiva, gracias a su sabia combinación de sinceridad, elegancia y sofisticación.

Astaire había bailado con su hermana Adele en los porfiados y ruidosos escenarios del vaudeville y del burlesque, pero su aparición en blanco y negro parecía escapada del pentágono irónico y mundano de Cole Porter o de las páginas frívolas y alocadas de un relato de Scott Fitzgerald. El hábito de Astaire era el de un hombre de mundo, su sombrero de copa y sus zapatos eran tan característicos como la propia Ginger. Astaire creó todo un personaje modelado en un mundo de americana, desocupada y divertida, un personaje que bien hubiera podido ser el protagonista de un relato de Scott Fitzgerald. El hábito de Astaire era el de un hombre de mundo, su sombrero de copa y sus zapatos eran tan característicos como la propia Ginger. Astaire creó todo un personaje modelado en un mundo de americana, desocupada y divertida, un personaje que bien hubiera podido ser el protagonista de un relato de Scott Fitzgerald.

